

Un escenario donde están en disputa los contenidos de las reformas

Pelear por derechos es defender la democracia

Por Andrés Fielbaum*

***“Si fácil es abusar, más fácil es condenar,
y hacer papeles para la historia, para que te haga un lugar. “***
Silvio Rodríguez, Canción en harapos

Las condiciones para la construcción de nuevas alternativas políticas son inéditas. La deslegitimación de los partidos de la transición, lo visible de la endogámica relación entre empresariado y política, la incapacidad del gobierno para tomar control de la agenda, incluso el contexto internacional de crisis del bipartidismo, son elementos que no habían estado presentes en las últimas décadas. Un nuevo escenario requiere por lo tanto una disposición profundamente creativa para actuar sobre él. ¿Cómo construir nuevas alternativas políticas que porten un nuevo proyecto de sociedad que deje atrás la transición?

Un análisis honesto requiere reconocer las fortalezas del adversario y las debilidades propias. Si bien la política formal está en su máximo estado de deslegitimación, y sus redes de autodefensa son cada vez más débiles, aquello pareciera no ser relevante para que el modelo siga funcionando. La política se dedicó durante décadas a administrar lo existente y a imposibilitar cualquier discusión de fondo, y hoy parece una actividad inútil. Más aún, el campo de los dominados se mantiene profundamente desarticulado; 40 años de neoliberalismo no han sido en vano, y las políticas de focalización han consolidado la destrucción del tejido social ejecutada por la dictadura. ¿Para qué organizarse si al final recibir el bono dependerá exclusivamente de la pobreza individual que mi familia podrá acreditar?

La disputa por los derechos

La disputa por derechos sociales como contracara al neoliberalismo es constitutiva de fuerza social, toda vez que el endeudamiento y la vulnerabilidad provocada por esta extrema mercantilización pasa a ser uno de los pocos ámbitos comunes de nuestra experiencia vital. Pelear por derechos universales es defender la democracia, por construir espacios cotidianos en los que seamos iguales sin importar el tamaño de nuestra billetera; luchar contra el mercado significa terminar con esta lógica violenta en la que el dueño de nuestra Universidad o AFP es más relevante para nuestro futuro que el resultado de cualquier elección.

La emergencia de una nueva alternativa política sólo podrá darse al calor del conflicto mismo. Son los procesos de lucha los que van forjando nuestra visión de sociedad y nuestra disposición

militante, allí nace el mundo nuevo que decimos llevar en nuestros corazones. Este punto es crucial, pues como nos recuerda Silvio Rodríguez en su Canción en Harapos, mantenernos en una cómoda posición condenatoria es profundamente conservador, es donde nos quiere la Concertación. En cambio, enfrentarnos políticamente a ellos donde más les duele es la única manera para fortalecer nuestra posición y acelerar su descomposición. Cuando toca hablar de derechos sociales, en particular sobre educación, los partidos tradicionales se quedan sin reacción. Sus niveles de conflicto de interés y su naturalización del rol subsidiario del Estado impiden un procesamiento que le haga sentido a quienes se han organizado y movilizado.

Unidad para disputar las reformas

Durante el 2016, ese escenario de conflicto se dibuja principalmente en las reformas. Se discuten los aspectos más relevantes de la reforma educacional, se discute el código laboral y la ley de aborto. Precisamente los temas que han organizado y movilizado a amplios sectores de la población, y por lo tanto, disputar su contenido y el carácter democrático de su elaboración se vuelve clave para cualquier esfuerzo con vocación de mayorías y que apueste a redefinir la oposición al neoliberalismo en términos positivos.

“Da lo mismo quien gobierne, mañana tengo que trabajar igual”. Esta triste sentencia se ha vuelto cierta cuando las alternativas son la derecha o la Nueva Mayoría. De aquí viene la razón principal de la lejanía de la ciudadanía hacia la política. La apuesta de recomposición de la política tradicional se basa en intentar mostrar su supuesta capacidad de impulsar reformas que cambian la vida de las personas. Regalar ese escenario para que sigan pasando becas por gratuidad y “ajustes necesarios” por derecho a huelga, sería un retroceso tremendo para las alternativas emergentes. Por el contrario, si logramos impulsar reformas que contengan elementos antisubsidarios, será la primera vez en 40 años que intereses sociales marginados alteran las correlaciones de fuerzas.

Los mismos que hace pocos años nos decían que había que enfrentar “todos contra la derecha”, hoy prueban la excusa de los “sectores conservadores versus sectores progresistas” al interior de la Nueva Mayoría. La culpa ya no sería de la UDI sino que de la DC. ¡Como si Isabel Allende, Nicolás Eyzaguirre o Rodrigo Peñailillo hubiesen impulsado una agenda diferente de la que el gobierno finalmente ha definido! Al discutir estas reformas es cuando estas falsas dicotomías muestran sus verdaderas caras, pues ya no hay fraseología que pueda disfrazarlas.

La discusión constitucional no escapa a este escenario. Es necesario superar el pobre debate que limita la discusión a su método, olvidando que una Constitución resume la correlación de fuerzas existentes, y que es allí donde debemos poner entonces el énfasis. Hacer ingresar las fuerzas sociales que se han movilizadas a la discusión constitucional dependerá de que en la pelea por cada reforma seamos capaces de enlazarla con su expresión constitucional, logrando así que la pelea por una nueva carta magna sea defendida por quienes desde las calles han hecho posible soñar con un nuevo Chile.

Se requiere unidad entre las fuerzas de cambio. Pero esta unidad no puede ser una simple sumatoria de siglas para presentarnos a elecciones, sino que se construye en las principales peleas políticas que damos; hoy en la lucha por las reformas. Y es que disputarlas no es tarea fácil, pues

requiere articulación en las definiciones programáticas, en los tiempos y contenidos de la movilización, en la relación con el gobierno, entre otros desafíos.

2016, año de elecciones

Las elecciones son el escenario favorito de los sectores tradicionales, pues pueden excluir a la sociedad (es fácil anticipar los inmensos niveles de abstención que tendremos) y al mismo tiempo renovar su discurso democrático. Pero al mismo tiempo, restarnos de ese escenario implicaría delegar la discusión sobre el futuro. La forma de incurrir en las elecciones no puede naturalizar que obtener más cargos es equivalente a mejores avances, ni puede cerrar los ojos haciendo como que ellas no existieran.

Debemos acostumbrarnos a pensar al revés para enfrentar estas situaciones. Mientras desde la formalidad nos enseñan que la democracia se juega en las elecciones, y la política nos cuenta que éstas son un asunto de “posicionamiento” en las encuestas y de publicidad, nuestra mirada debe ser radicalmente opuesta, priorizando el darle proyección política a las luchas sociales. Destruir aquella vieja premisa, muy cómoda para la Concertación, de que o te integras a ésta o estás condenado a la marginalidad. Una candidatura excluyente, minoritaria o incapaz de convocar fácilmente reforzará esa premisa en lugar de combatirla. Más aun considerando que el escenario electoral provoca un cierre de la política sobre sí misma, dificultando cualquier discusión que trascienda la pequeña ingeniería de los votos.

Una visión política así construida es además el mejor antídoto contra la burocratización, enfermedad que la izquierda conoce de sobra: confundir más reuniones con más política, más siglas con más amplitud y más programa con más radicalidad. Sólo si de nuestras discusiones surge un quehacer para el conjunto de la sociedad -y no sólo sus expresiones más de “de izquierda”- nuestras militancias tendrán sentido y recibirán permanentes inyecciones de aquella creatividad propia de quien lucha por despercudirse de las injusticias que vive cotidianamente.

Autonomía como principio rector

La capacidad de la política tradicional para cooptar a las fuerzas emergentes no puede ser subestimada. Pactos por omisión, primarias abiertas, vías de financiamiento (como bien lo demuestra el caso del PRO), todas estas iniciativas ponen en jaque nuestra capacidad de desarrollar una forma propia de entender la política y una táctica de lucha no subordinada.

Existen un montón de interrogantes en la busca de alternativas políticas. El escenario es cambiante, y las valiosas experiencias de luchadores anteriores son una fuente fundamental de aprendizaje, pero requeriremos muchísima creatividad y determinación para superarlas. La Concertación ha construido dispositivos muy eficaces para impedir que aparezcan fuerzas democratizantes, y si hay un principio que no podemos transar, es el de la autonomía absoluta con respecto a las fuerzas y dinámicas de la transición. La construcción de un Chile justo, democrático y feliz sólo será posible superando el ciclo histórico de la transición y a sus escasos protagonistas.

* Vocero de Izquierda Autónoma